

# La noción de muerte en el niño y el suicidio infantil

Verónica Lidia Martínez Pulido  
Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH

*Si la muerte más cruel y más injusta es sin duda la del niño, el suicidio infantil [...] también nos parece el más dramático.*

LOUIS-VINCENT THOMAS

La muerte<sup>1</sup> no sólo se remite al fenómeno biológico-físico de la putrefacción. En el caso del ser humano implica también aspectos socioculturales por las diversas formas de percibirla, entenderla y afrontarla, ya que “la muerte no solamente es plural, sino morir también” (Thomas, 1983: 195). Así es como los preceptos culturales entran en juego para dar un sinfín de significados sobre la muerte. La actitud que se tiene ante este fenómeno se define desde un esquema sociocultural del imaginario de tiempo y espacio; por ello la muerte se torna como un hecho social, a partir de lo que se desprende ante la muerte del otro.<sup>2</sup>

Este fenómeno de la muerte no sólo consiste en la forma física de un cadáver, sino en el aspecto filosófico del sentido de la vida humana ante un colectivo donde se suscitan diversas interrogantes sobre el sentido de ésta y se desprende un conjunto de valores mediante los códigos, signos y símbolos del contexto sociocultural.

En consecuencia, la idea de la muerte por sí sola lleva consigo una relación de los “rostros de la muerte o de morir” (Thomas, 1983: 195-267). Cada determinado tiempo la gente se muere de distintas causas. Existen momentos en los que la guerra es crucial, y en otras ocasiones las epidemias son la causa. Aunado a ello, la experiencia de muerte del otro con la razón del deceso son aspectos que entran en una encrucijada para formularse una noción sobre la misma.

De ahí que este trabajo de investigación sobre el imaginario infantil se enfoque en los elementos que retoma el infante de su medio para construirse una idea sobre la muerte, con el propósito de descartar toda posibilidad respecto a si en la noción que el niño se formula existe un factor de riesgo para cometer suicidio, en el sentido de

---

<sup>1</sup> Para este trabajo la muerte se entenderá como esa ruptura de la vida definitiva e irreversible, el cese del todo, tomando parte de los textos consultados de distintos autores.

<sup>2</sup> Ese rito funerario donde encontramos una serie de simbolismos.

que la muerte se le presente como algo atractivo. Por medio de entrevistas se sondeó si los niños construyen una “muerte imaginaria o la muerte real” (*ibidem*: 210-217).<sup>3</sup>

Los datos se analizaron con base en entrevistas aplicadas en un lapso de cinco meses durante 2007 (de mayo a octubre) a niños de entre seis y 12 años de edad de ambos sexos (dos niños y dos niñas por cada edad) de la primaria Licenciado Emilio Portes Gil (clave: 09DPR2956V del turno matutino, ubicada en Coyamel 178, colonia Pedregal de Santo Domingo, delegación Coyoacán, CP 04369, tel. 5610-1025).

Los padres de los niños entrevistados de esta primaria pertenecen a un estrato económico bajo, cuyas labores van desde oficios como mecánico, herrero, comercio informal, servicio de limpieza o empleado del gobierno, como policía y secretaria. En cuantos a las madres de familia, una parte considerable se dedica al hogar y un mínimo al comercio informal o al servicio de limpieza. Por el tipo de estrato económico bajo, se puede leer que estas familias de bajo ingreso velan al difunto en sus casas. Por ende, el niño vive de manera distinta el fenómeno de la muerte en comparación con familias de mayor ingreso económico, que recurren a servicios especializados como los de las funerarias para tratar y velar el cadáver.

A su vez, se tomaron datos de las entrevistas aplicadas a niños de cuatro y cinco años de edad de ambos sexos pertenecientes a distintas colonias del Distrito Federal, como Los Reyes Coyoacán, Olivar del Conde y Copilco. Estos niños no asisten a la primaria arriba menciona. En cuanto a su estrato económico, también varía, así como la labor de los padres, entre los que se encuentran tanto profesionistas como aquellos que se dedican al comercio informal.

El total de entrevistados corresponde a 33 infantes de entre cuatro y 12 años de edad: 17 niñas y 16 niños. También es pertinente señalar que los padres de los entrevistados profesan alguna religión judeocristiana, desde el protestantismo hasta el catolicismo.

La antropología estudia al ser humano como una unidad entre su psique, lo biológico, lo social y lo cultural, con cada parte conectada entre sí; es decir, “la antropología no considera esas partes como independientes sino componentes entre sí” (Morín, 2003: 10).

Y la antropotanatología o la antropología de la muerte “trata de la muerte por el ser humano y el ser humano por la muerte” (Thomas, 1983: 11), tomando en cuenta

---

<sup>3</sup> La muerte imaginaria se refiere más a los aspectos de ritualización, a la cuestión simbólica, es decir, la imagen o apariencia que se tenga de este fenómeno. La muerte imaginaria responde a la apariencia y la muerte simbólica se vierte más en lo colectivo, a diferencia de la muerte real-biológica, padecida de forma individual, que tiene que ver más con el cadáver, con la putrefacción.

la relación del significante-significado en el orden de lo sociocultural,<sup>4</sup> cuya premisa esencial se ubica en que el ser humano es el único animal que entierra a sus muertos y, en consecuencia, asume una actitud ante la muerte.

Por lo tanto, el estudio de la muerte en el ser humano se puede hacer a través de la antropología de la muerte, donde se puede verter en dos líneas básicamente. Una corresponde a los aspectos sociales, desde un planteamiento etnológico de estudios descriptivos, sistemáticos y comparativos de las distintas costumbres relacionadas con morir, los ritos funerarios, la actitud frente a la muerte, etcétera, teniendo siempre presente la configuración de los contextos de los distintos pueblos y épocas. Esto nos sirve para conocer o informarnos sobre los distintos significados de la muerte en las distintas sociedades, sobre sus porqués prácticos y sociales, pero también para visualizar que no en todos los tiempos se muere de lo mismo ni se tiene una misma actitud, tomando en cuenta el aspecto filosófico, ético y jurídico del sistema sociocultural.

Por ello, la segunda línea de antropología de la muerte se adentra en la filosofía, donde se mira a la muerte como la única y exclusiva forma de expresión humana, por ser el humano el único animal capaz de reflexionar sobre su propia muerte y de colocarse en el dilema de *ser, estar, no ser y no estar*; es decir, el ser humano es consciente de su muerte a través de la muerte del otro; de ahí las distintas actitudes ante la muerte y las formas diversas de afrontar este fenómeno. Por lo tanto, la actitud ante la muerte humana responde a un conjunto de representaciones desde los ritos y las creencias.

La muerte en el ser humano significa la nulidad de todo ser, la aniquilación de una vida, la destrucción de la existencia de un individuo. En consecuencia, trae implícitos aspectos emocionales y sociales de aquellos con quienes solía compartir un espacio, donde “mi muerte para mí no es por tanto la muerte de alguien, sino que es una muerte que trastorna al mundo, una muerte inevitable, única en su género y que no se parece a ninguna otra” (Jankélévitch, 2002: 34).

Y al atestiguar la muerte del otro, hace que el yo experimente la muerte sobre la muerte de ese otro; es decir, “nadie experimenta su propia muerte”,<sup>5</sup> sino que vive la muerte del otro y a partir de ello nota su mortalidad y padece la angustia o el

---

<sup>4</sup> La falta de conciencia de aniquilación de los animales hace que la muerte humana se convierta en algo social; no sólo es la cuestión del recuerdo, la memoria del ser humano, lo que convierte este hecho en algo exclusivo de éste, sino el acto mismo de morir, que despierta ese plano de la conciencia individual y grupal (Thomas, 1983: 52).

<sup>5</sup> Thomas (1983), cuando alude esto, se refiere a que nadie ha regresado de la muerte para relatar su experiencia.

temor por su muerte. Para que esto se experimente, la muerte del otro debe corresponder a alguien allegado o conocido; de lo contrario, queda como un dato más.

La triple constante antropológica (Morin, 2003: 32-34) resume lo anterior: uno, el acontecimiento de la muerte como una ley inevitable, como el fenómeno universal que a todos nos alcanzará; dos, y secuela del primer punto, el traumatismo, referido a estar consciente de que la muerte llegará, experimentada en el momento en que se vive la muerte del otro, cuya experiencia se vive de manera particular; y el tercer punto consiste en la creencia de la inmortalidad, imágenes que asimila la muerte a realidades de la vida. Estos tres ejes permanecen en constante conexión y asociación, y se pueden encontrar en la conciencia del hombre del estado arcaico o relativo a la génesis de la idea de la muerte en el niño, según Morin.

Por lo tanto, la idea de muerte parte de un sistema simbólico, construido desde el imaginario de un colectivo y, en consecuencia, la imagen que se tenga de la misma se encuentra en el grupo social, ya que en el imaginario está la apariencia, la imagen y fantasías donde la red simbólica opera desde el propio grupo, desde las referencias de lo colectivo.

Y “el *analogon* constituido por la imagen nunca es un signo arbitrariamente escogido sino siempre intrínsecamente motivado, o sea, siempre es un símbolo” (Durand, 2004: 33). Es decir, el imaginario no sólo está constituido por imágenes arbitrarias, sino que esas imágenes son símbolos contenidos de un significado emanado por el imaginario, ya que el semantismo del imaginario es el que despliega todo pensamiento racionalizado y su cortejo semiológico da como consecuencia lo simbólico, haciendo posible el estudio de la imaginación humana.

Para llegar a ello es preciso colocarse en el “trayecto antropológico” (*ibidem*: 43), donde se inserta el intercambio, a nivel de lo imaginario, entre las pulsiones subjetivas y asimiladoras y las intimidaciones objetivas que emanan del medio cósmico y social, haciendo posible esa génesis recíproca de oscilación entre lo pulsional con el entorno material y social en constante retroalimentación.

En resumen, el imaginario “no es nada más que ese trayecto en el cual la representación del objeto se deja asimilar y modelar por los imperativos pulsionales del sujeto” (*ibidem*: 44), cuyas representaciones subjetivas parten de acuerdo con las experiencias del sujeto con su medio objetivo. Dicho de otra manera, el imaginario está construido en relación con la experiencia particular del sujeto con su medio y viceversa, donde lo simbólico se relaciona con el entorno transitado en un trayecto cósmico y esa relación entre la psique y lo cultural da un bosquejo social polimorfo evidenciado más en el pensamiento infantil.

Sin embargo, debemos tomar en cuenta que solemos mostrar al ser humano ya maduro, sin tener presente a ese niño que aprende de lo que mira y lo rodea, que hace una reproducción fiel o distorsionada de su realidad. De ahí la importancia de la imagen que se crea el infante acerca de algo.

La imaginación del niño está condicionada por su entorno y, en consecuencia, el acceso a los significados que tenga parte de su realidad inmediata. Gracias a esto el infante hace combinaciones, conexiones y asociaciones de un objeto y de esta forma va definiendo lo que entiende del mundo; en este caso, lo que entiende como muerte.

No basta con interrogar al niño sobre qué es la muerte, sino también saber a qué juega, porque esta actividad es un vehículo de conocimiento, en el cual precisa nociones de la realidad, cuya naturaleza es social, ya que el niño no juega con algo que desconoce.<sup>6</sup>

Si bien no todo juego del niño es una representación fiel de la realidad, hay variantes que modifica y enriquece según los nuevos elementos que va adquiriendo de su propia realidad. Pero esto ya no ocurre tal cual; en estos tiempos los juegos virtuales han transformado la dinámica infantil; ahora los niños se pasan horas frente a un monitor a solas y no sólo esto, sino que la televisión ha rebasado la función de entretenimiento, ya que ahora consiste en ocupar al menor.

De ahí la posibilidad de obtener información sobre cómo entiende la muerte el niño y hasta para detectar qué le inquieta y preocupa del tema. Además de que el juego es una actividad inherente en el infante, puede dar elementos de la realidad construida por él, pero sobre todo permitir conocer de dónde está tomando esa realidad: de la imitación de los padres, la escuela, amigos, vecinos o de lo que consume de la televisión, de los videojuegos, o de todo en conjunto.

Ahora no sólo basta tener presente a la televisión como medio masivo de información; los periódicos, las revistas de cómics e internet son medios que el niño tiene a su alcance, como ese sistema sofisticado de comunicación que viaja a gran velocidad de un lado a otro y trae consigo los acontecimientos sucedidos en torno a nosotros y lo sucedido a distancia, lejos de la mirada. En esta era “virtual teledirigida”,<sup>7</sup> donde el

---

<sup>6</sup> La experiencia práctica demuestra que el juego no surge en los niños por sí solo. Los pequeños no pueden reflejar lo que desconocen por completo; es necesario un conocimiento elemental de uno u otro fenómeno relacionado con la vida, de uno u otro tipo de actividad laboral de las personas, para que se inicie el juego de los niños (Liublinskaia, 1971: 134).

<sup>7</sup> Cuando Susan Sontag se refiere a los medios de comunicación en su texto *Ante el dolor de los demás*, hace énfasis de la manipulación de imágenes que se vierte al televidente, esa saturación de imágenes que termina siendo indiferente a la realidad.

fenómeno de la muerte se muestra a menudo en los noticieros, películas, caricaturas, series, telenovelas, etcétera, como algo distante o ajeno a la vida, esa “invasión de la información posee otro efecto: la muerte se nos presenta fríamente, bajo forma de estadísticas, camuflada de tal manera que su realidad no llega alcanzarnos. Un niño que ve a tantos indios morder el polvo en el cine o en la televisión acaba por imaginarse que la muerte es un juego y no una cosa real” (Mishara y Riedel, 1989: 186). La muerte se descontextualiza en los medios.

Entonces también debe prestarse atención de lo que consumen y cómo consumen los niños estos medios y, en específico, cómo se trata a la muerte y cómo se está definiendo esto.

La mortalidad suele asociarse de manera regular con la enfermedad; si no se está sano, es predecible el hecho de muerte, o bien la vejez también trae consigo la muerte. Ambos son productos de la llamada muerte natural (Thomas, 1983: 227), cuya identidad radica en lo predecible. La muerte, por esencia, es violenta, por representar una ruptura, esa transgresión de lo continuo, que polariza en el caos el desenlace de la vida humana. Sin embargo, las muertes violentas (*ibidem*: 227) provienen de la intervención de un elemento exterior y brutal. Los accidentes, homicidios, terrorismos, guerras, organizaciones delictivas<sup>8</sup> y suicidios son producto de la muerte violenta.

Cabe advertir que esta categorización de muerte violenta y muerte natural no es funcional para toda cultura. Mauss (1979: 297) nos ilustra que, para los australianos, las muertes naturales son aquellas que denominamos violentas; es decir, una herida, un asesinato, una fractura, son causas naturales; el origen de las demás muertes tiene que ver con causas mágicas o religiosas, resultado de algún “pecado” que se haya cometido.

En torno a las muertes violentas, en específico el suicidio, las estadísticas oficiales arrojan datos sobre los suicidios consumados y enfatizan que, con mayor frecuencia, quienes se suicidan son los jóvenes, seguidos de los adultos y los ancianos. ¿Será qué de este hecho se escapan los infantes? ¿Es posible imaginar, en un suicidio infantil, desde cuándo y por qué se podría estar gestando?

Mi presunción consiste en abrir una expectativa de análisis antropológico, desde el imaginario, sobre el significado de la muerte en los niños, a fin de descartar toda posibilidad de confusión sobre este hecho y que esto no esté dando cabida a un suicidio.

---

<sup>8</sup> En la actualidad se han hecho más patentes las organizaciones delictivas que se dedican al tráfico de órganos, mafias que por saldar cuentas matan de manera masiva, así como los capos. Esta aportación proviene de la clase de Juan Sandoval Pallares, titular del PIF Antropología de la Muerte.

¿Cómo concibe y entiende la muerte el niño? ¿Ve a la muerte como ese hecho irreversible y definitivo o tiene una concepción romántica y ficticia de este fenómeno?

Son escasos los estudios dedicados a la idea de muerte que se formula el niño, así como lo concerniente al suicidio infantil. De este último hay más estudios descritos sobre los adultos, jóvenes y ancianos. Además, la forma de abordar los estudios sobre suicidios es bajo el esquema de lo biopsicológico.

Considero entonces que existen factores sociales que estimulan una idea suicida en los infantes, contenida en la concepción de muerte, por ilustrarla de manera romántica y atractiva. Entre las causas o el móvil que hace posible que un niño opte por el suicidio no se ha ahondado en analizar si existen factores externos del medio social, minimizando este acto como mera cuestión emocional. Si bien esto juega un papel importante, no es determinante. Continuar bajo este esquema teórico del desequilibrio emocional es imputar al ser humano a un terreno sólo individual.

En síntesis, el medio social da elementos para la construcción de una idea, una actitud frente a la muerte, y es en el colectivo donde se manifiesta la percepción del mismo, ya que dentro del sistema sociocultural se pueden encontrar los posibles factores o condiciones que propicien el suicidio infantil.

### *El niño y la muerte*

*¿Es cierto, Jacinto, que los niños que se mueren  
se convierten en pájaros? No sé, niño Guy.*

SÁNCHEZ

El niño por sí solo no es capaz de comprender y entender la muerte. Sus preguntas serán respondidas a partir de su entorno, de su medio; a partir de un colectivo donde existen estrategias para reconfortar una angustia o disminuir un trauma que surja ante este fenómeno.

El modo de concebir la muerte va cambiando desde el niño hasta el adulto. El comienzo del conocimiento de la muerte, alrededor de los dos años, coincide con el inicio de la capacidad de simbolización. Entre el primer y el tercer año de vida la muerte equivale a partir. El niño teme a los muertos, a su retorno y a su venganza, igual que los seres humanos primitivos. Para él la muerte es siempre la muerte del otro. La noción de muerte apenas

aparece entre el quinto y el noveno año de vida; alrededor de los diez la muerte es comprendida como una disolución corporal irreversible, de modo que de esa edad en adelante su concepción es como el adulto (Cerejido y Blanck-Cerejido, 2004: 101-102).

El infante, al igual que los seres humanos arcaicos o primitivos, asume una actitud ante la muerte: “La mentalidad primitiva como la infantil piensa en la muerte y siente horror” (Morin, 2003: 29-30). Cuando Morin menciona esto, estrictamente se refiere a un horror englobado en realidades heterogéneas, donde el dolor se plasma en funerales y un horror a la putrefacción cuyo común denominador se debe a la pérdida de la individualidad. Es decir, sólo se vive la muerte de un ser amado, cercano, conocido, etcétera. Esa sensación de perturbación no suele ser común ante la muerte de un ser anónimo o desconocido.

Ahora comenzaré a subrayar los resultados de la investigación, a fin de analizar qué hay en la noción de muerte del niño.

#### *La idea de muerte del niño, en relación con qué*

El concepto de vida y su contrapunto, la muerte, son términos complicados para definirlos en simples palabras. No sólo se les dificulta a los niños precisar lo que estos dos fenómenos son, pues hasta para el adulto se le presentan complejos.

Lo evidente es la manera en que el niño asocia la vida con el “movimiento”,<sup>9</sup> y sólo lo relaciona de manera directa con sus seres queridos. Al mencionar a los parientes directos, de los demás seres, como animales y plantas, dudan si poseen vida, sobre todo entre niños menores de ocho años. Los demás no vacilan al afirmar que los animales y las plantas poseen vida. Respecto a las cosas, sólo se descomponen, ya que únicamente son objetos.

En oposición a la vida, la muerte es concebida como algo negativo, donde se experimentan sensaciones de tristeza, vacío, dolor o una vivencia “fea”,<sup>10</sup> de la que tampoco es sencillo describir de qué trata este fenómeno y sólo se recurre a reproducir lo que se ha escuchado –la muerte es “morir”, “no volver a vivir”, “es cuando alguien muere”, “es nunca más despertar”– o bien, a describir un estado físico, como “quedarse dormida para siempre”. Pero también hubo niños que se quedaron sin

---

<sup>9</sup> Sobre todo entre las edades de cuatro a siete años.

<sup>10</sup> De la muestra, 7% expresó que la muerte es “algo feo”.

palabras para describir este fenómeno y optaron por abstenerse, al justificar que “no saben”<sup>11</sup> qué es la muerte.

Sin embargo, se hizo presente una personificación de la muerte entre esta población infantil. Hubo quienes dijeron: “Es algo malo porque mata a la gente”, “es un esqueleto”, “es un personaje de puro huesos”, “dice la tele y mis amigos que lleva capa negra de puro esqueleto y en sus manos trae consigo una hacha para matar”.

Hay quienes conciben a la muerte como parte de la etapa de la vida, el fin de ella o la nada; en menor medida, hay quienes la visualizan como felicidad porque “se conoce a Dios”.

La muerte fue descrita como un fenómeno “malo”, que mata a la gente, y las sensaciones que deja este hecho es de vacío, tristeza; es “una sensación fea”, pero sobre todo tiene una forma “esquelética”, donde los niños representaron mediante dibujos a la muerte en formas esqueléticas, acercándose a lo que hoy podemos ver como la Santa Muerte; otros dibujaron cementerios, sepelios, entierros, tumbas o cuerpos yacentes.

Si conjuntamos las expresiones verbales con los dibujos, podemos hacer el siguiente análisis. Los niños que han vivido de cerca una muerte expresan la experiencia que esa muerte del “otro les dejó” como algo triste, feo y hasta malo; por ello, representan en los dibujos sepelios, tumbas y cementerios, a pesar de que quizá no hubo contacto con el cadáver.

Caso contrario es la forma de entender la muerte en aquellos niños que quizá no la han vivido de cerca, y de ahí que extraigan de manera inmediata una personificación esquelética de la muerte, que retoman de una imagen televisiva o de lo que los rodea.

Si bien esa muerte del “otro”, en el caso del niño, no se experimenta como la propia muerte, sí deja un vacío inexplicable y sensaciones poco agradables por la ausencia de esa persona, a diferencia del adulto, el cual “la muerte del prójimo la vive como si fuera su propia muerte; *quasi mortem propriam*” (Jankélévitch, 2002: 39).

Se debe tener presente que si la muerte es de alguien lejano, eso no permite crear una conciencia ni traumatismo; la muerte se presenta lejana, anónima, sin rostro y a lo que nombra Jankélévitch “la muerte en segunda persona”. Jankélévitch (*ibidem*: 39-52) habla de la muerte en tercera, en segunda y en primera persona de esta manera: la tercera y segunda responde a la muerte del otro con la característica particular de que la tercera es la muerte en general; en la primera se trata la angustia, por ser la

---

<sup>11</sup> Es curioso: de los niños que optaron por esta respuesta, hay de todas las edades, desde los cuatro hasta los 12 años.

muerte un misterio que me concierne íntimamente e íntegramente; ligado a la tercera, entre el anonimato y la subjetividad trágica de la primera, está *la segunda*, entre la muerte lejana e indiferente y la muerte propia, que nos aproxima a la muerte del prójimo, ya que la muerte de un ser querido es casi como nuestra muerte, casi tan desgarradora como si fuese la nuestra. Es decir, “la muerte de uno necesita la conciencia del otro y viceversa” (*idem*).

En otras palabras, la familiarización de la muerte en el entorno del niño permite que éste asimile la muerte, despierte una conciencia donde se sienta en riesgo, donde se presente un trauma por la ausencia de esa persona que se fue, y en este trauma iniciará posibles interrogantes, y quienes lo rodean deberán responder de manera coherente y concreta. A partir de estas respuestas, el infante puede ver de forma negativa a la muerte, como parte de la vida o de manera romántica.

Un niño que no ha experimentado la muerte de otro sólo tiene una imagen de ello, y de ahí la dificultad por explicar qué es la muerte.

Morin, Thomas y Jankélévitch, respecto al momento en que se presenta la noción de muerte, mencionan que es a partir del traumatismo de vivir la muerte del otro: quien vive la muerte en forma anónima o de lejos la toma como dato y no como un acontecimiento. Esto último se puede dar en el intento de proteger a los niños de la muerte, y a pesar de que los medios masivos de información son repetitivos en mencionar las muertes violentas y las muertes por enfermedades, quedan exentos de ellas por presentárseles como muertes lejanas.

*La muerte es universal: ¿quiénes mueren y qué piensan estos niños? ¿Se sienten ajenos, inmortales o no?*

La relación de vida y muerte en los seres vivos es universal. Todo lo que nace perecerá. Es la ley biológica, física y social. Pero para estos niños, ¿quiénes son los que mueren? ¿En la noción de ellos los alcanza la muerte? Realmente se sienten ilesos ante este fenómeno. Se perciben inmortales, y si son mortales, ¿bajo qué circunstancias lo son?

De manera general he resumido en las siguientes líneas las respuestas de estos infantes al respecto. Todas las personas mueren, pero sobre todo los abuelos, sinónimo de vejez, y los adultos son quienes padecen la muerte; dudan si las plantas mueren, así como dudan si éstas poseen vida; los animales efectivamente mueren, y los niños sólo cuando nacen pueden morir. Algunos infantes, cuando se les formuló la pregunta sobre si los niños mueren, hicieron énfasis en que sí, pero cuando ya nacen muertos –o, en su caso, morirán cuando sean adultos–. Mientras tanto, la muerte no los acecha.

Existe una idea de que los adultos son quienes mueren con seguridad, sobre todo los que son ya viejos, y sólo bajo algunas circunstancias mueren los demás, como los que sufren algún tipo de accidente. Evidentemente con ello se confirman los postulados de Mishara y Riedel de que el niño asocia la muerte con el anciano de la misma manera como lo menciona Morin y, en el caso de Cerejido, cuando dice que el niño se cree siempre niño y por ello se considera inmortal.

Esto no es en vano. Sobre esta percepción del infante de quiénes mueren, de igual manera responde a la experiencia inmediata en su medio. Esa familiaridad entre los que ven la muerte como algo que ocurre entre adultos y los que tuvieron que vivir la muerte de un recién nacido fue expresada así literalmente: “Mi mamá me contó que mi hermanito nació muerto” o “Mi tío, uno chiquito, murió de recién nacido”.

Entre los siete factores principales que enumera Mishara y Riedel (1989: 204-206), principalmente el de la “urbanización” aleja a las personas de la experiencia de la muerte, debido a una “evolución de las prácticas fúnebres” y la idea de que sólo a los que envejecen los alcanza la muerte, lo cual responde a la cuestión de que se visualizan las “modificaciones epidemiológicas”, como la reducción de la mortalidad infantil, y por esa razón se hace la asociación del envejecimiento como muerte.

La experiencia va marcando a los niños para conocer quiénes mueren. Para ellos la muerte está en el cuerpo del anciano, en esa vestidura de vejez y del cuerpo enfermo. Curioso, ¿no? El dilema está en que el niño también enferma, ¿y por qué no muere? En los siguientes párrafos describiré qué es lo que causa la muerte según los infantes.

*Qué es lo que causa la muerte. ¿De qué se muere: muerte natural, muertes violentas o ambas?*

Las personas, de manera general, mueren de enfermedades, “de accidentes, porque alguien los mata”, “por consumir drogas”. Los adultos mueren de enfermedades, “por viejos”, “por accidentes”, “porque chocan”, “los atropellan” o “por fumar y tomar cerveza”. Y los niños “mueren de recién nacidos”, “por llevarlos al hospital”, de enfermedades como “el cáncer” o “anemia”, “por sacarles los riñones”, “por accidentes”, “por no poder respirar”, “porque su mamá estuvo mal al nacer”, “por no ponerles a tiempo sus vacunas”, o “por envenenamiento”, etcétera.

Éstas son sus respuestas, que se contradicen; por no visualizar que ellos también están expuestos a la muerte, sólo logran observar que la muerte los circunda bajo algunas circunstancias. Mientras estén sanos parecería que no les puede pasar nada y que sólo pueden morir por el descuido de los padres por no cumplir con las vacu-

nas que se les deben poner o por dejarlos solos, y justo en ese instante pueden sufrir accidentes, como un atropellamiento.

Estos datos nos acercan al tipo de defunción que tienen presente los niños de forma inmediata, que es la muerte natural derivada de enfermedades y por vejez. A pesar de que las enfermedades son algo que cualquier persona puede padecer, es casual que los niños fallezcan a causa de ellas.

Respecto a las muertes violentas visualizan accidentes, homicidios, envenenamientos y otras a causa de las guerras, el terrorismo, por organizaciones delictivas y el suicidio, lo que parece indicar que no los alcanzarán a ellos ni a los adultos.

Y enfocándonos en las enfermedades, me atrevería a decir, por las enfermedades que mencionaron, como el cáncer, que es una tendencia de lo que ven en la televisión, ya que este medio transmite comerciales de niños con cáncer. En cuanto a los animales, mueren “por accidentes”, y las plantas, por “falta de agua”. Hubo niños que precisaron que se muere por enfermedades y “de viejo”, cuya tendencia se ubica en la muerte natural, derivada de la familiarización que tienen por las muertes de los abuelos que ya han fallecido.

### *La explicación del porqué de la muerte*

Hay una tendencia entre estos infantes de que el fenómeno existe porque hay enfermedades y accidentes, atropellamientos, entre otras causas. Muchos respondieron más en el sentido de lo que mata al ser humano, lo cual puede complementarse con la última parte. Cuando se les plantearon las preguntas de por qué fallece la gente –tanto adultos como niños–, sus respuestas iban más en el sentido de lo que ocasiona o causa la muerte.

### *La irrevocabilidad, el imaginario: qué pasa cuando se muere, adónde se va y qué hay después*

¿QUÉ PASA CUANDO SE MUERE? En esta parte –qué pasa cuando uno se muere– vertieron emociones y sensaciones como tristeza, dolor, llanto, preocupación, descanso y paz. Asimismo, mencionaron que se va al cielo o al infierno, según como se hayan comportado en vida, o que se conoce a dios. Estos niños ya están insertos en un esquema simbólico de lo religioso. Pero también visualizan el trato que se le da al cadáver al momento de responder que se hace velorio, lo entierran y se lo llevan al panteón.

Así también hacen referencia de que ya no se puede revivir o están vivos porque se les recuerda; uno se queda dormido y nunca más despierta. Cuando se refieren a la muerte real, mencionan la descomposición del cadáver o que el cuerpo sea comido por gusanos. En cuanto al aspecto del imaginario, las respuestas van desde que “nos vamos al cielo” hasta que “conoces a Dios”, entre otras, y algunos describieron la práctica del rito funerario como el sepelio o velorio.

Este tipo de respuestas nos da indicio de un esquema del imaginario volcado en la cuestión religiosa de ir al cielo o al infierno, pero también nos habla de los ritos funerarios ante este hecho. Y en menor medida está el aspecto de la putrefacción, noción que se encuentra en algunos niños y niñas de 12 años. La otra parte de la muestra no visualiza este aspecto, pues la tendencia está más en el imaginario religioso.

Ya en ellos está presente el comportamiento humano que se desprende de la muerte, ese rito funerario contenido ya en un pensamiento simbólico de un sistema sociocultural religioso; por lo tanto se asume una actitud frente a este hecho y a partir de ello se reflexiona la muerte entre si es un mal o forma parte de la vida.

De ahí la funcionalidad de la premisa de Jankélévitch (2002: 34) de la segunda y tercera persona, de esa muerte del otro –del tú y él–, y en contraparte, el yo desde el punto de vista del otro –del él y el tú–. Por lo tanto, toda muerte trastorna al mundo. En la medida en que yo sea testigo de la muerte del otro yo, como individuo experimentaré mi propia muerte. No es tal cual para el niño, pero sí se presenta un temor y un trauma.

DESPUÉS DE LA MUERTE, ¿ADÓNDE SE VA? A continuación enlisto algunas de las respuestas de los infantes: “al cielo o al infierno los malos”, “con dios”, “al panteón”, “a ningún lado porque no se puede caminar”, “algunos se quedan aquí porque no pueden descansar por haber dejado cosas pendientes”, “se entierran en México en su caja y después parten al cielo”, “podemos ver otra vida”, “los gusanos nos comen”, “nos quedamos en puro esqueleto, lo vi en internet”, “se descompone nuestro cuerpo”, “podemos volar”, “conocemos a dios”, “no hay funcionamiento en el cuerpo o se pudre”, “no sé”.

Esta parte se puede desglosar en los siguientes puntos:

1. El aspecto religioso: ir al cielo o al infierno, conocer a Dios o, bien, depende de cómo te hayas portado. La noción de lo bueno o malo ya está presente en estos niños. Es la noción respecto de que quien peca se va al infierno y quien se porta bien se va al cielo.

2. La putrefacción: la descomposición y falta de funcionamiento en el cuerpo y el hecho de que se pudre.

3. La *praxis*: lo relacionado con el rito funerario y el entierro.

4. La fantasía, desprendida tanto por la religión y por lo colectivo *popular*: el pensamiento de que hay otra vida después de la muerte; esa idea sobre el espíritu que ve y vuela, así como penar por el hecho de que la muerte se adelantó y aún no le tocaba.

5. Entre lo real y lo *popular*: la forma esquelética como resultado de la putrefacción, aunque también puede ser de la forma en que se ha representado a la muerte en los medios masivos de información.

Cuando se les preguntó adónde van los adultos, precisaron que pueden ir “al cielo o al infierno según se hayan comportado”, “con sus familiares que ya murieron”, “a la muerte grande”. Caso contrario cuando se trata de los niños, pues ellos sólo van “al cielo porque no han pecado” o porque “el cielo es el reino de los niños, así lo dijo dios”, “con la Virgen” o con “la muerte chiquita”. Esto nos permite afirmar una concepción religiosa judeocristiana en los infantes y la noción de lo bueno, lo malo y el pecado. Esa influencia religiosa se hace patente ante lo real y lo “científico”, y en menor medida hacen referencia a la putrefacción o a la *praxis* al señalar algunos la “descomposición de cuerpo”,<sup>12</sup> o que se le lleva al panteón.

Lo anterior no es otra cosa más que lo que vierte un colectivo, ese medio donde el niño se desenvuelve; el aprendizaje en torno a la muerte es en la medida de la experiencia; de ahí que los niños de entre nueve y 12 años ya tengan con mayor precisión la descomposición del cuerpo muerto, porque es justo en cuarto año de primaria cuando se les está instruyendo en las materias de biología o ciencias naturales, y es cuando se les comienza a hablar de la descomposición de la materia orgánica. A pesar de esto, en muchos de ellos prevalece la idea religiosa judeocristiana, católica, de la muerte imaginaria.

¿QUÉ HAY DESPUÉS DE LA MUERTE? Ante tal interrogante, éstas son algunas de las respuestas: “puros huesos”, “algo malo”, “la Llorona”, “el entierro”, “el diablo”, “algo feo”, “nada”, “cosas”, “otra vida”, “el cielo o el infierno”, “la resurrección”, “vida eterna o sufrimiento eterno”, “la ofrenda de días de muerto”,<sup>13</sup> “otros muertos”, “monstruos: eso me dijo mi maestra”.

La tendencia persiste en el aspecto religioso del cielo e infierno, esa resurrección, esa vida eterna o sufrimiento. Pero también está el matiz de una valoración negativa y

---

<sup>12</sup> Los niños que dieron la respuesta de la putrefacción están entre los nueve y los 12 años de edad, sobre todo aquellos que se estaban preparando en un examen para ingresar a la secundaria.

<sup>13</sup> La manera literal de este infante es: “calaveritas, flores, comida, verduras, caldo de pollo, arroz”. Esta respuesta se debe a que recientemente había pasado el 2 de noviembre.

mala que es la muerte y la personificación de una muerte como la Llorona o el diablo. Y en lo práctico se refieren al rito funerario del entierro, pero también a la sensación de una experiencia no agradable y la nihilización del ser, de la ausencia totalizadora.

### *Consideraciones finales*

Ante lo incierto de la nada, la carencia absoluta de todo ser, lo finito del ser, la mortalidad, el vacío, ese hueco de la vida que es la muerte, la estrategia implementada para calmar esa angustia se halla en el cosmos religioso, invención del imaginario que se va adoptando desde pequeño.

Esto es el resultado de que los niños tengan más presente la muerte imaginaria que la muerte real, la putrefacción,<sup>14</sup> ya que se nos presenta difícil imaginar un cuerpo pudriéndose y poco es lo que se ejemplifica sobre ello.

La muerte verdadera, en relación con el cadáver, cada vez es menor. En la actualidad se ha intensificado una economía de la muerte (Thomas, 1983: 420-421), con grupos especializados en preparar un cadáver para su sepelio. Cada vez más individuos mueren lejos de sus parientes. Regularmente terminan muriendo solos en un hospital y su cuerpo lo prepara un extraño. Para colmo, “eso” de velarlo cada vez se reduce a unas horas, cuando en algún momento, cuando aún no estaba tan especializada la medicina para determinar una muerte, por regla general se debía enterrar al muerto después de tres días, por si revivía.

Si a esto se añade que la muerte, a pesar de verlo y escucharlo de manera constante en los medios de información, sólo es un dato, ¿qué podemos esperar en un futuro? Por lo regular se visualizan comerciales cuyos contenidos van en el sentido de retrasar la vejez mediante una serie de cosméticos o se habla de seres con mejores dotes humanas o de medicamentos con sustancias milagrosas. Todo se escapa de nuestras manos. En nuestros días los niños juegan a morir, a quitarse la vida, y las causas son infinitas.

En este recorrido por sondear el imaginario infantil sobre la idea de muerte puedo precisar lo siguiente: entre estos niños, una mayoría teme a la muerte, lo que contraviene de cierto modo el planteamiento de Mishara y Riedel (1989: 189), que mencionan que los niños actuales no le temen a la muerte, en tanto que sí pueden visualizar la muerte en el anciano. En el caso de Morin, que señala que el niño, al igual que el ser humano arcaico, siente horror ante la muerte, esto se verifica en la medida que el infante

---

<sup>14</sup> No es otra cosa que la descomposición del cuerpo.

tiene una experiencia de la muerte. Por medio de la muerte del otro aparece el trauma y, en consecuencia, comienza a formularse una noción de la muerte, una preocupación por este fenómeno (Morin, 2003: 29-30). Por otro lado, cuando Kübler-Ross (2003: 109) menciona que a partir de las imágenes que se le inculcan al niño sobre la muerte, éste la personifica y le da una entidad, una forma.

La forma en que los niños construyen una imagen de la muerte y la manera en que viven la muerte parte de su entorno. El sistema religioso está latente en las concepciones de estos niños, si bien no comparto de manera total el planteamiento de Méndez (1998: 47), cuando afirma que la cuestión religiosa puede ser un factor protector para disminuir el riesgo de suicidio, ya que en todo caso ésta tiende a generar una idea romántica sobre un descanso, una paz después de la muerte que se puede presentar como una idea atractiva para el niño. Son confusas las ideas de los infantes entrevistados para detectar si entienden a la muerte como algo permanente e irreversible por la idea religiosa de una vida eterna, de la resurrección y de otra vida después de la muerte. Lo evidente es la familiarización de la muerte natural por enfermedades y por vejez, así como de las muertes violentas, pero sólo algunas como accidentes, homicidios y envenenamientos, si bien dejan exentos el suicidio, el terrorismo, las organizaciones delictivas y las mafias. La tendencia va más por la muerte natural y en menor grado por las muertes violentas. De la muerte real a la muerte imaginaria, tienen más presente la segunda, producto de la religión. En cuanto a las variables entre edades y género, son inconstantes; hay quienes arrojaron respuestas muy ilusas, así como muy precisas y concretas. Por ello descarté la posibilidad de manejarlas.

### *El suicidio infantil*

Los datos estadísticos arrojan cifras insignificantes sobre el suicidio infantil. De hecho, éste aparece bajo el rubro de lesiones autoinfligidas.<sup>15</sup> A partir de 2003 las estadísticas oficiales incluyen esta categoría como una de las causas de la mortalidad infantil en el cuaderno número 10 del INEGI, sin olvidar las inquietudes de distintos especialistas sobre los mecanismos poco eficientes para conocer si la muerte de un infante es accidental o un suicidio. Se presume que dentro del rubro “muerte accidental” puede estarse ocultando una realidad muy cruel, como es el caso de un suicidio. Es difícil

---

<sup>15</sup> Las lesiones autoinfligidas no necesariamente llevan a la muerte; un ejemplo claro es la mutilación.

imaginar que un menor tenga la idea de quitarse la vida, y más aún para la familia es complicado aceptar este hecho.

Existe entonces la necesidad de conjuntar distintas disciplinas de las ciencias sociales, como sociología, tanatología, psicología, antropología, trabajo social, e incluso la medicina, la neurofisiología, la psiquiatría y la biología, las cuales visualizan distintas razones de este fenómeno, para no dejar aislados los factores que estén propiciando este acto en el niño.

Kübler-Ross describe de manera concisa, en cuanto a infantes se refiere, que los suicidios en menores de cinco años no son informados, a pesar de existir indicios de casos de tres y cuatro años de edad, por considerarse que el niño pequeño no es capaz de intentar suicidarse, aunado a la forma de plantear los datos de suicidio por la Organización Mundial de la Salud (OMS) en grupos que oscilan entre los cinco y los 14 años de edad. Además, Kübler-Ross añade que la incidencia más común del método en todas las edades y género es por medio de arma de fuego, y como siguientes factores el ahorcamiento, la asfixia y el envenenamiento. Enfatiza que los métodos utilizados por los infantes son más violentos y traumáticos, advierte que el estudio sobre la conducta suicida en los niños y adolescentes es reciente y prevé los factores de riesgo, como vulnerabilidad genética, el ambiente familiar, un nivel socioeconómico bajo y trastornos mentales y toxicomanías, además de la existencia de “desencadenantes”<sup>16</sup> que por sí solos no suelen ser suficientes para provocar un suicidio. En combinación con los factores de riesgo, pueden crear condiciones, y la propuesta es diferenciar e identificar si el acto destructivo es intencionado más que accidental. Así, debe dejarse de ver a la enfermedad física crónica o terminal como un único factor de riesgo.

Moal menciona, de manera general, que en 1900 diversos autores describieron sobre los suicidios infantiles una progresión numérica paralela de suicidios en adultos, con oscilaciones de un año a otro. Estos estudios se basaron en casos delimitados de diez en diez años. El estudio de este autor se realizó en Francia, y menciona que, en cuanto a las estadísticas, difícilmente se puede hacer una lectura clara; para interpretar los resultados existe “una gran dificultad, que se presenta al tratar de

---

<sup>16</sup> Cuando el autor describe la combinación de los factores de riesgo como el trastorno mental o toxicomanías con desencadenantes, se refiere a los jóvenes en específico. Además de los desencadenantes tiene que ver con conflictos o la pérdida interpersonal, problemas económicos y problemas legales, sobre todo cuando hay un efecto de exposición de la prensa, entendido como medios audiovisuales y sin ser el único. El hecho de contar con armas en el domicilio acerca más esta posibilidad.

conseguir la muestra, ya que el acto suicida generalmente se encubre” (Gómez y Borges, 1996: 53).

Las implicaciones de aceptar o reportar un suicidio e intento de suicidio no sólo tiene que ver con cuestiones de valores morales, religiosos, culturales, sino además con la cuestión legal, tal como se resume en las siguientes líneas:

El registro de los fallecimientos provocados por suicidio depende, además, de la clasificación y determinación que tiene que hacerse de aquéllos desde el punto de vista médico-legal, lo cual se relaciona con variables como: la causa por la que se suicidó (causa externa), la existencia o no de una nota póstuma, los signos de violencia, el sitio, número, variedad y regularidad de la herida, para lo cual muchas veces el registro está sujeto a presiones familiares y sociales (Híjar *et al.*, 1996: 15).

También se agrega la dificultad existente entre los rangos de edades y las herramientas poco eficientes con que se cuenta para determinar si un infante se mató o un accidente le produjo su muerte.

Para la interpretación de los datos estadísticos sobre suicidio, en general trae consigo un déficit, por los datos obsoletos vertidos, en especial los oficiales, en los cuales sólo se describe la suma total, por estado, de suicidios cometidos, y no se incluye si los datos sólo corresponden a las urbes o también a las provincias. Tampoco se desglosan los meses, para evaluar si existe una tendencia mayor en un periodo determinado; por lo tanto, la comparación sólo puede partir de un quinquenio y, en el mejor de los casos, de un año a otro.

En cuanto a los datos de suicidios infantiles, se vuelven triviales; existe un interés por mantener ocultos los hechos referidos a este acto y que posiblemente se registren como accidentes. Una de las cosas que contribuyen a englobar un suicidio infantil como accidente se debe a lo complejo que resulta definir cuándo se considera si fue un acto consciente o inconsciente, y aún no se acepta que exista la voluntad de muerte en el niño.

En los estudios sobre suicidios en gente adulta, anciana, así como entre adolescentes, se presume que son generados por trastornos mentales, desórdenes patológicos del sujeto, y se le da mayor peso a la depresión y a alguna circunstancia que estimula a consumir dicho acto. Pero poco o nada es lo que se ha desarrollado en el estudio del suicidio infantil.

La dificultad que subyace en los mecanismos de las autoridades para cerciorarse si un suicidio es o no cuestionable; especialistas coinciden que existen elementos para

hablar de cifras que autoridades, padres de familia y médicos disfrazan como muertes accidentales, sin descartar el móvil de accidentes como causa de los decesos.

De acuerdo con el incremento de los casos de suicidio infantil, hace tiempo era negado por psiquiatras y pediatras, por estar relacionado el acto suicida como un acto de conciencia. En el caso de los niños se considera que existe una ausencia de conciencia y sólo se admitía dicho acto para aquellos infantes en situación de calle, violencia intrafamiliar y abuso sexual, como si fueran los únicos capaces de cometer suicidio.

Las fuentes oficiales sobre estadísticas con que se cuenta en nuestro país son el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), el Consejo Nacional de Población (Conapo), la Secretaría de Salud del Distrito Federal (SSDF) y el Quinto Informe de Gobierno. En estas fuentes no aparece como tal el rubro de “suicidio infantil” –no fue hasta 1997 cuando se anexó: antes de eso sólo se encontraba el rubro de “lesiones autoinfligidas e intento de suicidio”–.<sup>17</sup> Dichas fuentes delimitan la edad de los infantes entre cinco y 14 años para considerarlos como niños.

Es importante señalar que en la actualidad las estadísticas oficiales de México sobre las lesiones autoinfligidas intencionalmente –suicidio infantil– ocupan “el décimo u octavo lugar de las causas de muerte en infantes de 5 a 14 años”. Entre los primeros cuatro o cinco lugares están las muertes por accidentes, ya sea por envenenamiento, con vehículos involucrados o por ahogamiento.

Para 2005, en el Informe de Gobierno, según la cifra que reporta la SSDF, el rubro de lesiones autoinfligidas intencionalmente (suicidios), referido a las principales causas de muerte escolar de cinco a 14 años, reporta 149 muertes, a diferencia de 2004, cuando fueron 150 –así como 143 en 2003 y 167 en 2002.

Si bien el número de suicidios en infantes es mínimo, los datos que reporta el INEGI en 2003 son escasos: 123 muertes por este acto en menores de 15 años de edad –78 varones y 45 mujeres–; pero si se leyera de manera más clara estas cifras, nos sorprenderíamos por las cosas que hay en el trasfondo. Debemos tomar en cuenta que muchos suicidios se catalogan como accidentes o envenenamientos y otros ni siquiera son reportados; sumados a los que sólo quedan en “intentos” fallidos,<sup>18</sup> el número posi-

---

<sup>17</sup> Se tiene entendido que tal rubro se anexó por un decreto que al parecer estableció la Organización Mundial de la Salud. Esta referencia fue proporcionada por personal del INEGI de la biblioteca principal del Distrito Federal.

<sup>18</sup> Para 2003, el INEGI (2004: 59) reporta sólo 15 intentos de suicidio en menores de 15 años, cinco de varones y 10 de mujeres.

blemente se incrementaría –en el caso de que la importancia radique en los números–. El hecho es que este fenómeno del suicidio ha alcanzado ya a nuestros infantes.

Está por demás mencionar las dificultades para dar una mejor lectura de las estadísticas; una gran limitante para observar las variables de un año a otro es casi imposible, ya que las estadísticas oficiales son por quinquenio. Además, los datos que se ofrecen no se desglosan por meses, a fin de detectar si en cierto mes hay una frecuencia mayor del acto suicida en los niños, así como el instrumento que los niños utilizan.

Se dice que los niños optan por la estrangulación, a diferencia de los adultos, que optan por armas de fuego. Lo que sí es predecible es que los niños se suicidan en sus casas, pero también está la dificultad para leer quién se suicida con mayor frecuencia: los varones o las féminas.

Para tener un acercamiento más real de la situación sobre este fenómeno, es indispensable que sea incorporado como un problema de salud pública, no sólo para contar con financiamiento para la elaboración de estudios, sino para sumar esfuerzos desde distintos enfoques para erradicar que más niños y niñas mueran por este acto como la demás población.

Por otra parte, que los médicos forenses y a quienes les compete establezcan la forma más eficiente para examinar mediante las autopsias cuando un acto es suicida o accidente, para no continuar ocultando o disfrazando actos suicidas como meros accidentes, envenenamientos, etcétera. Le Moal, Kübler-Ross y otros autores afirman que es constante el ocultamiento de estos hechos a nivel institucional; tampoco se reporta un acto suicida infantil. Existe entonces la necesidad de que tanto profesionales como el Estado se involucren para crear estos mecanismos y definir una política de salud preventiva.

Si bien en este trabajo no se resuelve ni se pone en descubierto el hilo negro del suicidio infantil, se trata de una propuesta antropológica de estudio para analizar la idea que la población infantil tiene acerca de la muerte, cómo lo visualiza y de qué manera la vive.

Sólo en la medida que sepamos qué saben de la muerte nuestros niños y niñas, sabremos que los inquieta o aflige. Como dice Kübler-Ross, los niños pueden llegar a sorprendernos sobre lo que ellos saben sobre la muerte. Empecemos por desechar los tabús y los temores que nos produce hablarle al infante sobre este tema.

El riesgo de continuar creyendo que los infantes no son capaces de cometer un suicidio, puede llegar a secuelas inimaginables para nuestra sociedad. Al continuar viendo al niño o a la niña como un ente que carece de acciones propias, nos cegamos. Visua-

licemos a estos infantes como sujetos antropológicos, que construyen su propia historia a partir de las experiencias con su entorno, y dejemos de alejarlos de lo inevitable, de esas muertes de seres queridos y de los sitios donde circunda la muerte, como hospitales y cementerios, para ir disipándoles las dudas en torno a la muerte, sin alimentar ideas románticas, ficticias ni fantasiosas.

### *Bibliografía*

- ARIÈS, Philippe, *El hombre ante la muerte*, Madrid, Taurus, 1983.
- BOUNAFEDE, A., *Filosofía del suicidio. Historia crítica*, París, Debecourt, 1841.
- CASSIRER, Ernst, *Antropología filosófica*, México, FCE, 1987.
- CEREJIDO, Marcelino y Fanny BLANCK-CEREJIDO, *La muerte y sus ventajas*, México, FCE (La Ciencia para Todos, 156), 2004.
- \_\_\_\_\_, *La vida, el tiempo y la muerte*, México, FCE (La Ciencia para Todos, 52), 2004.
- DURAND, Gilbert, *Las estructuras antropológicas del imaginario*, México, FCE, 2004.
- DURKHEIM, Émile, *El suicidio*, Madrid, Akal Universitario, 1989.
- GÓMEZ CASTRO, Cecilia y Guilherme BORGES, “Los estudios que se han hecho en México sobre la conducta suicida: 1966-1994”, en *Salud Mental*, INPRF, vol. 19, núm. 1, marzo de 1996, pp. 45-55.
- GONZÁLEZ-FORTEZA, Catalina, Guadalupe GARCÍA, María Elena MEDINA-MORA y Miguel Ángel SÁNCHEZ, “Indicadores psicosociales predictores de ideación suicida en dos generaciones de estudiantes universitarios”, en *Salud Mental*, INPRF, vol. 21, núm. 3, junio de 1998, pp. 1-9.
- GUTIÉRREZ GARCÍA, Ana G., Carlos M. CONTRERAS y Rosselli Chantal OROZCO RODRÍGUEZ, “El suicidio, conceptos actuales”, en *Salud Mental*, INPRF, vol. 29, núm. 5, septiembre-octubre de 2006, pp. 66-74.
- HAYNE, W. y P. LEWIS, *Psicología experimental infantil*, México, Trillas, 1974.
- HÍJAR M., Martha, Ramón Alberto RASCÓN P., Julia BLANCO M. y María Victoria LÓPEZ L., “Los suicidios en México. Características sexuales y geográficas (1979-1993)”, en *Salud Mental*, INPRF, vol. 19, núm. 4, diciembre de 1996, pp. 14-20.
- INEGI, *Estadísticas de intentos de suicidio y suicidios*, cuaderno núm. 10, 2004.
- JANKÉLÉVITCH, Vladimir, *La muerte*, Madrid, Pre-Textos, 2002.
- \_\_\_\_\_, *Pensar la muerte*, México, FCE, 2004.
- JUNYENT PRAT, Marta, *Ruptura y desamparo*, México, UAM (Modular), 1989.
- KÜBLER-ROSS, Elisabeth, *Los niños y la muerte*, Barcelona, Luciérnaga, 2003.
- LE MOAL, P., *El niño excitado y deprimido*, México, Planeta, 1980.
- LIUBLINSKAIA, A. A., *El desarrollo psíquico del niño*, México, Grijalbo, 1971.
- MARCHIORI, Hilda, *El suicidio, enfoque criminológico*, México, Porrúa, 1998.
- MAUSS, Marcel, *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos, 1979.

- MÉNDEZ CARRILLO, Francisco Xavier, *El niño que no sonríe*, Madrid, Pirámide, 1998.
- MILTON, J. E. et al., *Trastornos de la conducta y del desarrollo en el niño*, Barcelona, Pediátrica, 1971.
- MISHARA, B.L. y R.G. RIEDEL, *El proceso de envejecimiento*, Madrid, Morata, 1989.
- MONDRAGÓN, Liliana, Guilherme BORGES y Reyna GUTIÉRREZ, “La medición de la conducta suicida en México: estimaciones y procedimientos”, en *Salud Mental*, INPRF, vol. 24, núm. 6, diciembre de 2001, pp. 4-14.
- MONTALBÁN, S. Ros, *La conducta suicida*, Madrid, Arán, 1998.
- MORIN, Edgar, *El ser humano y la muerte*, Barcelona, Kairós, 2003.
- PIAGET, Jean y B. INHELDER, *Psicología del niño*, Madrid, Morata, 2002.
- \_\_\_\_\_, *La representación del mundo en el niño*, Madrid, Morata, 1973.
- RODRÍGUEZ SALA, María Luisa, *Suicidios y suicidas en la sociedad mexicana*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM.
- SAFA BARRAZA, Patricia, *Vecinos y vecindarios*, México, Ciesas/UNAM, 1998.
- SARRO, Blanca y Cristina DE LA CRUZ, *Los suicidios*, Madrid, Martínez, 1991.
- SHARDAKOV, M. N., *Desarrollo del pensamiento en el escolar*, México, Grijalbo, 1968.
- SIGUÁN, Miguel (coord.), *Actualidad de Lev S. Vigotski*, Barcelona, Anthropos, 1987.
- THOMAS, Louis-Vincent, *Antropología de la muerte*, México, FCE, 1983.
- \_\_\_\_\_, *La muerte*, Barcelona, Paidós, 1991.
- TOSCANO, *Entrevista. Niños maltratados*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1982.
- TURNER, Víctor, *La selva de los símbolos*, Madrid, Siglo XXI, 1986.
- WOLFELT, Alan D., *Consejos para niños ante el significado de la muerte*, Barcelona, Diagonal, 2003.